

Barroquismo es el suyo que tiene de lo clásico unidad de intención y lo eternamente actual que es su esencia.

La novela de Sud-América se acrecenta con un relato de fantasía y de ensueño, que a la vez levanta una poderosa protesta: la de esos blancos de Tierra Firme, que aun aguardan los hombres nuevos.

Hombres nuevos como éste son los que necesita América y también libros novedosos y eficaces por su sentido social, hermano de un arte deleitoso que anima páginas de un relieve insuperado en el relato actual del continente.—RICARDO A. LATCHAM.

LOS CAUDILLOS BARBAROS

EN el libro de Alcides Arguedas, *Los Caudillos Bárbaros*, hay un copioso material para el estudio de las revoluciones bolivianas. Los dos caudillos más bárbaros y sanguinarios, Mariano Melgarejo y Agustín Morales, cuyos estudios componen este libro, están tratados por el escritor boliviano con nutrida documentación. Para fijar el cuadro en que deben moverse, Arguedas es implacable con su raza.

La característica principal del cholo en Bolivia—dice—es obrar bajamente como la del burgués en Francia, según Flaubert, es pensar bajamente. El cholo de levita o de chaqueta—lo hemos dicho en otra parte—el cholo en suma, jamás en ningún momento turba su conciencia, preguntándose si un acto es o no moral.

La deslealtad, la mentira, la cobardía, el engaño y la simulación son todos los recursos que en su ingenio encuentra el cholo para llegar donde se propone.

y más adelante:

Los rasgos fundamentales de la casta criolla en Bolivia son de tal manera enrevesados y complejos que cuando un personaje vistoso o un caudillo invoca los conceptos de honor y lealtad para dar explicaciones de su conducta en un momento dado, o cuando bajo la fe de caballero, escribe afirmando una cosa o la proclama en documento oficial, es signo inequívoco de que justamente va obrando o ha obrado en sentido opuesto y contra el honor, el deber y la lealtad...

Con estos trazos, de carácter general, en que se adivina un poco la psicología de Sud-América. está pintado Melgarejo. La característica principal de su temperamento era la deslealtad. Su ascensión al poder está jalonada de traiciones y de emboscadas. Tenía una audacia loca y fulminante. Sublevaba los

regimientos y las guarniciones y una atmósfera temeraria envolvía ya como una leyenda su prestigio de soldado. Se le tenía por la columna más firme del régimen en el instante en que los partidos *belcista* y *rojo* se hacían cruda guerra. Bolivia había visto sucederse en el gobierno a una serie de caudillos que no habían sido elegidos por el voto plebiscitario de los electores, sino por la simple audacia. De los caudillos militares gobernantes, sólo Santa Cruz, expresa Arguedas, tuvo una concepción más o menos cabal de la delicada misión y de la alta responsabilidad que pesa sobre los conductores de pueblos. Los otros ejercieron el mando con la misma desenvoltura con que podrían administrar una hacienda heredada, imponiendo siempre a su capricho las necesidades públicas, preocupándose más de satisfacer las exigencias de su vanidad pueril de ostentación, que de preparar elementos para el manejo acertado de los negocios generales.

Melgarejo era rudo, ignorante, violento, sensual, arbitrario. Abandonado en la adolescencia a la fuerza de sus instintos, tomó el camino del cuartel. En Bolivia no había por ese tiempo otra perspectiva, para los mozos ambiciosos que sentían al mismo tiempo, la necesidad de hacer fortuna. En su aspecto físico, Melgarejo tenía marcados los rasgos de su ascendencia mestiza: color moreno y pálido, la nariz ancha y aplastada, los ojos de color indefinible, entre pardos y castaños, medio hundidos en las órbitas, de párpados carnosos y arrugados, los labios gruesos y sensuales, los pómulos salientes; una frente de simio, deprimida y estrecha en lo alto y una barba espesa, larga y abundante de pelo áspero.

No le importaba al caudillo sino su satisfacción personal. En una reunión alguien había insinuado una vez que la situación de fuerza que el detentaba, tendría término. Melgarejo respondió con brutalidad:

—«Mandaré en Bolivia hasta que me dé la gana y al primero que me la quiera jugar, lo hago patalear en media plaza. . . .»

Otro día en un banquete oficial, interrumpió con descaro a un miembro del tribunal superior de la Paz que tuvo la osadía de insinuar el respeto a la Constitución:

—«Oiga Ud.: el que manda, manda y cartuchera al cañón. . . .»

Porque para Melgarejo, la Constitución era un simple papel, aun cuando a veces solía aparentar que le interesaba mucho.

El sexenio de Melgarejo es una de las páginas más atroces de la vida política americana. El alcohol y la sensualidad fueron los vicios predominantes en la vida del bárbaro iletrado. En estado de ebriedad, que era lo frecuente, cargaba en los com-

bates o asesinaba. Sin embargo cuando conservaba el equilibrio de sus facultades y los contratiempos no turbaban su espíritu, se mostraba expansivo, afectuoso y hasta chispeante. Así lo vió Carlos Walker Martínez al que Melgarejo distinguía con especial afección.

Arguedas carga la mano sobre la misión diplomática chilena en Bolivia que en ese tiempo presidía don Aniceto Vergara Albano. Ese período de nuestra historia diplomática, está pintado por el escritor boliviano con trazos rudos y desdeñosos, y hasta pintorescos. En realidad todo en el período de Melgarejo es trágico y pintoresco. Las tiranías suelen no dejar otra cosa a los países que un montón de anécdotas y una porción de mentiras sabiamente urdidas, que la historia desenreda, poco a poco, y pone a luz en toda su desnudez.

Llevaban su espíritu de condescendencia—escribe Arguedas refiriéndose a Vergara y a Walker—y de sumisión hasta prestarse a seguir en todos los saltos de humor del soldado, variable como sus modales, sometidos, a su vez al número de copas bebidas y realizaban actos de excentricidad explicables en gentes de una misma esfera social, pero que chocan aun cuando se explican también, en aquellas revestidas de carácter representativo.

Y añade una anécdota en un almuerzo en palacio:

Era el Jueves Santo y en los salones del palacio había los representantes diplomáticos de Chile, es decir, Vergara Albano y su Secretario Walker Martínez, todos los Ministros de Estado y muchos generales y jefes del Ejército: y Melgarejo, lleno de entusiasmo, contaba al Ministro chileno las proezas reales o imaginarias de su *Holofernes*, un magnífico caballo chileno, bello de estampa, aunque voluntarioso y nada educado.

—Doctor—le dijo animándose y como si hubiera de referir algo verdaderamente prodigioso—mi *Holofernes* sabe beber cerveza y lo verá Ud.

Hizo una seña y el caballo fué conducido de su cuadra al patio de palacio y un edecán mandó llenar un balde de cerveza, «y el caballo tomó realmente aquel licor».

Vergara Albano aparentando admiración y entusiasmo dijo:

—Este hábil bebedor no debe tomar solo; yo le acompañaré.

Tomó un vaso de cerveza y tricó con el hocico de *Holofernes* y bebió. Su secretario no quiso quedar sin ese honor y siguió tan baja demostración a su jefe.

Más tarde, entre dos viajes de pacificación que el caudillo emprendía al interior del país y que no eran más que excursiones de robos y de asesinatos, nombró a Vergara Albano Ministro de Hacienda de Bolivia. El decreto lleva fecha del 19 de Junio de 1867. El Decreto decía entre otras cosas:

Es declarado Gran Ciudadano de Bolivia y Benemérito de la Causa Americana, condecorado por el Presidente Provisionario, con una medalla de honor guarnecida de brillantes, queda nombrado Ministro de Hacienda.

Entre borracheras y robos Melgarejo, desmembraba el territorio, imponía el terror, asesinaba a sus adversarios por su propia mano, y en las grandes orgías que eran frecuentes, les quitaba las *rabonas* a los soldados, y se divertía con ellas. Muchos de sus crímenes los consumó por celos y rivalidades. Y en verdad, nada había por lo pronto que se opusiese a sus planes. La prensa, animada otrora de furor combativo durante el año de la campaña de Arguedas, estaba ahora convertida al favor de Melgarejo o había enmudecido de espanto. Los pocos periódicos que salían en las principales capitales, únicamente se preocupaban de alabar los desvaríos del amo con repugnante impudor, y eran papeluchos de aspecto miserable, mal escritos y peor impresos. Sotomayor Valdés, el historiador chileno que sucedió a Vergara Albano, escribía:

No hay absolutamente en Bolivia un solo periódico de empresa libre o particular. No hay, por consiguiente, un órgano que sirva ni a la más tímida discusión de los asuntos políticos y de administración pública.

Los salones del palacio resultaban a veces estrechos para servir de teatro a la hazañas groseras del héroe y entonces se echaba a la calle ansioso de correr aventuras y jugar alguna mala pasada a los raros noctámbulos. Envuelto en una capa roja de amplio vuelo, que le caía hasta las rodillas y que dejaba ver la franja de oro de su pantalón, avanzaba seguido de sus edecanes y rifleros con el arma al hombro, provocando el terror o apaleando a los que no alcanzaban a huir o fusilándolos, pegados a la pared, cuando el amo así lo disponía. A doña Juana, su concubina, la hizo mostrarse enteramente desnuda, una noche de orgía, ante sus ministros y edecanes. Era tal el envilecimiento de sus favoritos y paniaguados, que todas sus depredaciones y barbaries eran toleradas y celebradas. El ambiente entero de Bolivia era una charca pútrida. Nadie se atrevía a levantar la voz. La prensa estaba servida por vividores que tenían la consigna de cantar loas cada día a sus hazañas, y plumas torpes y venales inspiraban la conducta de los pequeños satrapitas instalados con alguna autoridad en pueblos y aldeas, donde al lado de unos cuantos cholos leídos o con letras vegetaba la masa densa de indios que nada sabía de nada.

El libro de Alcides Arguedas muestra con vivos colores el cuadro espantoso de esa tiranía bárbara y bestial que afrentó a América durante seis años. Su documentación es nutrida y las páginas constituyen una interpretación psicológica y social de Bolivia, de un interés extraordinario. La historia de América cuenta con muchos tiranos pintorescos que hoy sirven de tema

para libros de historia o ensayos psicológicos que ayudan a comprender el carácter de estos pueblos. Pero ninguno alcanza el relieve del tirano Melgarejo, cuyos instintos desatados no tuvieron control, mientras gobernó a Bolivia. El bárbaro boliviano es una parte de la trágica historia política de América, que ha contado con tantos personajes siniestros, dignos de la patología. Sólo cuando triunfó la revolución liberal del General Rendón, Melgarejo huyó a Lima y allí fué asesinado a balazos por su propio cuñado. En realidad todos los que se decían sus amigos y habían gozado de sus favores, le abandonaron a última hora. Es la historia de todos los tiranos. Todos los hombres se inclinaban ante él, todos le rendían acatamiento; pero ninguno era su amigo verdadero. Usufructuaban de los dineros públicos mientras podían. En la hora de prueba, ni uno solo se mostró generoso. Es que eran tan ignorantes y tan bestiales como él.

—JULIÁN SOREL.